

Editorial #8

Por **Claudia Helena Zito**

Los divagantes:
Â¿CÃ³mo pensar la adolescencia en esta Ã©poca?

La palabra divagante proviene del latÃn divagari, se forma a partir de la partÃcula dis-di; que significa separaciÃ³n, alejamiento, y vagari que indica vagar, desplazarse sin rumbo fijo. TambiÃ©n es el tÃtulo de un cuento de Guadalupe Nettel. En este, la escritora utiliza la figura de las aves migratorias, para dar cuenta de las marcas del exilio. Ella relata que en un viaje por la Patagonia que realiza con su padre, se topa con un grupo de albatros adolescentes, que solo estaban â€œ*concentrados en una sola cosa, aparearse*â€•. Los albatros, son aves que pasados los aÃ±os de crianza en su nido, alzan vuelo hacia el ocÃ©ano y pasan cuatro o cinco aÃ±os volando casi sin tocar la tierra. El â€œ*instinto, esa fuerza comparable con el destinoâ€•* dice Nettel, fija la orientaciÃ³n y el rumbo de su travesÃa, tanto es asÃ, que la mayorÃa de las veces, vuelven a su lugar de origen. TambiÃ©n dice la autora que, â€œ*el cortejo de los albatros es quizÃ¡s el mÃ¡s largo del reino animal. Pueden pasar dos aÃ±os o mÃ¡s danzando alrededor de otros individuos, hasta encontrar a aquel con el que pueden sincronizar sus movimientosâ€•*. La naturaleza en estado puro, se encarga de que exista el encuentro sexual adecuado, complementario. Pareciera que estas aves pueden encontrar algo asÃ como su otra mitad, y como si fuera poco, conservar tambiÃ©n una lealtad monÃ³gama. A veces sucede que al desplegar sus alas para irse lejos de sus hogares, los sorprende una tempestad. Cuando algo asÃ acontece, estos pÃ¡jaros pueden aterrizar en cualquier lado y perder la orientaciÃ³n. A dichas aves extraviadas que tienen que reencontrar, o inventar su propia ruta, se las llama â€œdivagantes.â€•

A diferencia de los albatros adolescentes de la historia de Nettel, los seres hablantes son estructuralmente seres divagantes. EstÃ¡n originariamente cercenados del instinto. Pero ademÃ¡s portan la condiciÃ³n de estar exiliados, separados, desentendidos de un goce que por ser parlantes los habita. La condiciÃ³n divagante, aparece por momentos velada en la infancia, ya que es la familia la que aporta los significantes amos a partir de los cuales el niÃ±o elige identificarse, y esto pacifica. Pero la aparente calma de esa etapa, se verÃ¡ conmovida por la metamorfosis de la pubertad, que arrecia con la fuerza de un vendaval. La irrupciÃ³n de un goce, imposible de representar producirÃ¡ un antes y un despuÃ©s en la vida del sujeto. Ante la emergencia de ese empuje pulsional, los adolescentes se

topan con un agujero, con un vacÃo de saber que produce una desorientaciÃ³n fatÃdica. La fÃ³rmula de Lacan; no hay relaciÃ³n sexual implica que frente a este acontecimiento, los jÃ³venes no saben quÃ© hacer. Ellos no pueden echar mano a los rituales de cortejo que facilitan la cÃ³pula en el mundo animal. Para los seres hablantes la posibilidad de encuentro con el otro sexo, estÃ¡ condenada a ser sintomÃ¡tica, es decir siempre fallida.

En la adolescencia se produce un despertar, que puede volverse a menudo angustiante. Se trata de una embestida pulsional muda. Es un momento de confrontaciÃ³n con la mÃ¡s Ãntima ajenidad, con un real insoportable, que produce efectos de extraÃ±eza y desasosiego. Los adolescentes como los albatros divagantes del cuento, se extravÃan en sus primeros movimientos, pero como dice Rimbaud, estÃ¡n apremiados por encontrar â€œel lugar y la fÃ³rmulaâ€•.

Desde hace muchos aÃ±os el psicoanÃ¡lisis, a su modo y en sus tÃ©rminos, ha anticipado que la caÃ-da de los grandes ideales y la paulatina deflagraciÃ³n del padre, son fenÃ³menos inversamente proporcionales al ascenso al cenit del objeto en la civilizaciÃ³n. Los niÃ±os y los adolescentes se ven especialmente afectados por ese derrumbe. La soledad y la fragilidad en la que los coloca esta situaciÃ³n, deja lugar a la intromisiÃ³n desregulada de diferentes objetos de satisfacciÃ³n en la esfera Ãntima y privada. Esto contribuye a producir un cortocircuito con el Otro del lenguaje, de la palabra, pero tambiÃ©n cambia la relaciÃ³n con la imagen y con el cuerpo. Las adicciones, la violencia, las escarificaciones, las autolesiones, los trastornos de alimentaciÃ³n, el fenÃ³meno de las apuestas on line, la sobreexposiciÃ³n al algoritmo y a la pantalla, el suicidio, el ascetismo, el cinismo con respecto al amor, el aislamiento etc, son algunas de las respuestas que los jÃ³venes pueden presentar ante la irrupciÃ³n de un real y la consecuente disoluciÃ³n de sentido. Algunas de estas respuestas no son nuevas. Lo que ha cambiado son las coordenadas de este nuevo malestar cultural, que ya no encuentra su excusa en la represiÃ³n, sino en la desregulaciÃ³n y el exceso de goce. El despertar de la primavera en nuestro tiempo, se ha convertido en tÃ©rminos de Philippe Lacadee, en una verdadera primavera quemadaâ€•.

A travÃ©s de esta nueva ediciÃ³n de Decires II, los invitamos a realizar un avistaje sobre los modos en que se presenta la adolescencia divagante.

El primer artÃculo que aparece en la rÃºbrica conceptos se titula***: Portar sin decir/Armas en la escuela: detectar no es leer.*** En este, Alejandra Glaze hace referencia en primer lugar, a un detalle que se pasa por alto cuando se habla de los jÃ³venes que van armados a la escuela; â€œ*portar no es disparar*â€•. Este punto â€œ*divide aguas al momento de pensar la clÃnica*â€•. Esta diferenciaciÃ³n nos coloca frente a la responsabilidad, de volver una y otra vez a los conceptos psicoanalÃticos fundamentales a los fines de poder pensar cada situaciÃ³n particular. El ejercicio de nuestra prÃ¡ctica por momentos nos encuentra un poco distraÃdos y olvidamos que encarnamos una funciÃ³n, en tanto practicantes del psicoanÃ¡lisis somos tambiÃ©n lectores. Por eso es fundamental tomar distancia de los efectos de fascinaciÃ³n y perplejidad que produce la espectacularidad con la que se presentan estos fenÃ³menos, para poder leer ahÃ, lo que en realidad interesa. Como dice Alejandra, en estos eventos hay que poder plantear las preguntas adecuadas, ya que *un arma es una insignia antes que un instrumento.* En segundo lugar, me interesa destacar, que en este escrito se anticipa el tema del prÃ³ximo congreso de la AMP, ya que se introduce y se desarrolla brevemente la nociÃ³n de â€œ*Lo imposible de soportar*â€•. Poder ubicar con precisiÃ³n, donde aparece lo imposible de soportar, donde se lo coloca, es clave para pensar las intervenciones en la urgencia, en este caso, en la prÃ¡ctica con adolescencias.

En la misma rÃºbrica, se podrÃ¡ leer un artÃculo de VerÃ³nica Berenstein titulado ***Apostar a la palabra.*** El mismo aborda un fenÃ³meno de Ã©poca, que, como bien seÃ±ala su autora, no es la apuesta en sÃ, ya que esta tiene una larga y frondosa historia. Se trata mÃ¡s bien de *â€œla conjunciÃ³n del juego con la tecnologÃaâ€•.* Las apuestas on line, muestran sin vueltas que la dimensiÃ³n compulsiva que esta prÃ¡ctica puede despertar es, en parte, promovida por el rechazo de la castraciÃ³n, propia del capitalismo. SeÃ±ala la autora que la posibilidad de tener los objetos tecnolÃ³gicos en el bolsillo, facilita la inmediatez y complica la posibilidad de realizar un corte. Por lo tanto â€œ*la satisfacciÃ³n en juego adquiere la caracterÃstica de ser permanenteâ€•.*

Por Ãºltimo, es interesante cÃ³mo transmite que lo subversivo del psicoanÃ¡lisis, ante estas presentaciones, se encuentra en los modos de plantear la escucha y abrir a la pregunta, sin olvidar la dimensiÃ³n transferencial. Otro texto imperdible para quienes estÃ¡n concernidos por una prÃ¡ctica cuyo desafÃo son â€œ*los nuevos fenÃ³menos o estilos de vidaâ€•.*

El tercer texto estÃ¡ escrito por Vanesa Seitz. Se titula ***La adolescencia como tiempo de invenciÃ³n.*** La autora repara en un detalle que rÃ¡pidamente es pasado por alto cuando se habla de adolescencia, y es que esta, no es sinÃ³nimo de pubertad. Leerla me hizo pensar parafraseando a Lacan, que la adolescencia es una elucubraciÃ³n de saber sobre la pubertad. Vanesa es muy puntual y asertiva al recortar una frase de Alexandre Stevensâ€œ*la adolescencia como sÃntoma de la pubertadâ€•* ya que esta diferenciaciÃ³n, permite tomar distancia de la rÃ¡pida tendencia a la patologizaciÃ³n de ciertos fenÃ³menos. El texto es una invitaciÃ³n a reformular la idea de trastorno en contraposiciÃ³n a la idea de soluciÃ³n. La idea es que el analista logre introducirse en esta prÃ¡ctica, advertido de que es necesario tiempo, sin esto no se podrÃ¡ â€œ*favorecer las condiciones para que aquello que irrumpe pueda adquirir una inscripciÃ³n subjetivaâ€•.*

MarÃa de los Ã•ngeles Massaro presenta el escrito ***Construcciones sobre la adolescencia.*** Desde el primer pÃ¡rrafo nos acerca una indicaciÃ³n clÃnica de Jacques Alain Miller que estÃ¡ en consonancia con el texto anterior; â€œ*la adolescencia es una construcciÃ³nâ€•*. Esta aseveraciÃ³n, permite pensar el lugar que conviene al analista que trabaja con adolescentes. Dice la autora, que muchas veces se trata de *â€œacompaÃ±arâ€•* el despliegue â€œ*de esa invenciÃ³n particular que se decide en esos aÃ±osâ€•.* Pero a su vez como dice Miller respecto a la infancia, a veces serÃ¡ necesario *â€œtomar mÃ¡s iniciativa que con el adultoâ€•.* Es por eso que MarÃa propone que mÃ¡s allÃ¡ de la perspectiva del sÃntoma, que proporciona una direccionalidad, la clÃnica con adolescentes es tambiÃ©n la clÃnica con la familia, la escuela, los amigos, las redes, los amores, etc. Su prÃ¡ctica obliga tambiÃ©n a adentrarse en sus cÃ³digos y su lenguaje.

Por Ãºltimo el texto que cierra la rÃºbrica conceptos estÃ¡ escrito por Nahuel Ayestaran. El tÃtulo es ***La tiranÃa del algoritmo: a>I /paradojas del deseo en la adolescencia-juventud actual.*** Este artÃculo propone para pensar la Ã©poca, una conversaciÃ³n entre el psicoanÃ¡lisis y otros discursos. Es por esa vÃa que arroja luz sobre algunas definiciones lacanianas, que pueden sonar un tanto encriptadas. Queda claro que la subjetividad actual se orienta cada vez mÃ¡s por la primacÃa del goce y el consumo y ya no como antaÃ±o, por el ideal. Esto, dice Nahuel, repercute *en la trama misma del lazo social,* actualmente interferido y mediado por los objetos tecnolÃ³gicos. Lejos de transmitir una posiciÃ³n detractora con respecto a la prevalencia de â€œ*un ecosistema digitalâ€•* en nuestras vidas, el autor seÃ±ala las posibilidades que abrirÃa un uso diferente de esos mismos entornos.

En la rÃºbrica litoral entre psicoanÃ¡lisis y teatro contamos con una entrevista realizada por Lorena Labastia y MarÃa Eugenia Guarino a Virginia Falcon, destacada referente del arte local. Virginia es profesora en Letras (UNS), Maestranda en Arte EscÃ©nico (UNICEN), actriz y docente. Trabaja con adolescentes, tambiÃ©n con niÃ±os, su prÃ¡ctica incorpora el cuerpo como herramienta al servicio de la creaciÃ³n. De la entrevista me interesÃ³ recortar los dichos que muestran la vecindad entre el arte y el psicoanÃ¡lisis, en relaciÃ³n al tema de esta ediciÃ³n, que es la adolescencia. Ella dice de entrada que â€œ*el arte es la humanidad en el detenimientoâ€•.* La adolescencia introduce un impasse, un compÃ¡s de espera hacia la vida adulta. Desde esta perspectiva estÃ¡ abierta a servirse del arte en tanto instituyente de un tiempo y un espacio de creaciÃ³n, que nada tiene que ver con el empuje utilitarista y consumista de la Ã©poca. El hecho artÃstico, en este sentido, podrÃa funcionar como un pulmÃ³n artificial que permite que â€œ*algo vivo respire*â€•. El arte como respiraciÃ³n, juega con la idea de hueco, de vacÃo, algo alrededor de lo cual, podrÃa armarse una especie de borde, que permita tomar distancia, para poder jugar, y â€œ*ensayarâ€•*. Virginia piensa â€œ*el arte, como un gran laboratorioâ€•*, como posibilidad de apertura *de un momento crÃtico,* una instancia que permite *romper con el signo,* y rearmar con los restos algo distinto. Su transmisiÃ³n es del orden de la poesÃa, hay que decir que leerla produce efectos de resonancia que escapan a este sucinto comentario.

Ahora sÃ, queridos divagantes de todas las edades, espero que disfruten nuevamente de la lectura de Decires II. Gracias a todos los autores, por su generosidad en la transmisiÃ³n!

Obra de Julieta Lucero.